

felicidad sexual ya sea para sí mismos o para otros. Se basa directamente en la larga experiencia que como consejero matrimonial tiene su autor, quien, durante más de 20 años, ha servido a múltiples maridos y esposas de distintas edades y desiguales formas de vida.

El Señor Wallis —conferencista de renombre internacional— considera el logro de la armonía sexual no como un simple producto del conocimiento de “los hechos biológicos de la vida” o de los pormenores de la técnica sexual. La armonía se cristaliza en las peculiaridades, y las relaciones sexuales involucran emociones numerosas, desemejantes y complementarias, así como profundos sentimientos de los cónyuges entre sí y hacia el sexo. El autor traza el desarrollo de estos sentimientos y muestra cómo, por caminos no siempre comprendidos, desempeñan un rol primordial en el establecimiento de una mutua satisfacción y espontánea armonía.

El enfoque a través de sus capítulos es animoso y optimista. Su escritura ayuna de tecnicismos. Su estilo se basa en una benevolente comprensión de los sentimientos internos del hombre y la mujer para sí y entre sí.

En el prólogo, Alfred Torrie, miembro de la Sociedad Británica de Psicología, glosa: Ha existido la tendencia a separar la sexualidad de una relación total entre el hombre y la mujer como personas. Este libro dista mucho de ser otro sobre el sexo; pone la discusión dentro de una adecuada perspectiva: como parte del arte de vivir y amar.

Es un alivio leer —prosigue Torrie— acerca de la armonía sexual sin atropellar la tan vapuleada palabra “castidad”. Cualquiera que haya tropezado con el aspecto destructivo del impulso sexual, convendrá en que la castidad es algo deseable. Las diferencias estriban en cómo se realiza. El Profesor John

MacMurray ha definido la castidad como “sinceridad emocional”. A esto se arriba cuando el individuo es tratado como una persona valiosa. Si ocurre así, él y/o ella no se tratarán como cosas a explotar. En este libro se pondera que sucedan estas circunstancias. Es fácil ver que, a despecho de igualdades políticas, legales y económicas entre los sexos, la explotación de uno por otro suele comparecer. No es remedio el que los roles masculino y femenino sean uniformados, sino que sean complementarios y suplementarios; interdependencia en lugar de dependencia e independencia. El autor indica tolerar (y disfrutar añadido yo) la existencia de los opuestos. Y esto implica —declara— que el proceso de maduración del individuo sigue su marcha.

J. H. Wallis señala que la búsqueda de una solución por la lectura de libros o mediante exorcismos de un médico-hechicero posgraduado no tiene lugar en la práctica. El cambio de actitud tiene que ocurrir con el individuo y residir en él.

La relación sexual —reitera Wallis— (p. 7) es central en todo matrimonio y simultáneamente influye y es influida por el resto de la relación matrimonial. Podemos afirmar que si la relación sexual se desarrolla felizmente, todos los otros aspectos del matrimonio serán beneficiados. O podemos decir, si la relación sexual va mal, todas las otras facetas sufrirán también. Y podemos dar vuelta a estas aseveraciones conservando su veracidad: Si todas las otras situaciones del matrimonio van felizmente, será para bien de la relación sexual, si no, tarde o temprano, la disposición sexual exhibirá averías.

Este libro puede contribuir mucho a alcanzar una vida sexual más gratificante y una más amplia concepción de las dificultades que a veces surgen.

El libro consta de los siguientes capítulos:—I. ¿Qué es la armonía sexual?—II. Sexo y emociones.—III. Sexo y personalidad.—IV. Aspectos del amor.—V. Desarrollo sexual prematrimonial.—VI. Adaptación inicial.—VII. Puntos de vista del marido.—VIII. Puntos de vista de la esposa.—IX. Dificultades sexuales.—X. Sexo y amor. Apéndice. Fuentes de ayuda práctica. (Se refiere a instituciones que, en Londres, auxilian en estos problemas.)

C. E. KRAUSS

*Grandes casos del psicoanálisis. Historias Clínicas de Freud, Abraham, Ferenczi, Klein, Erikson, Linder.* Ediciones Hormé, Buenos Aires, 1965, 191 páginas.

Algunos de los más importantes históricos clínicos aparecidos en la literatura psicoanalítica se encuentran reunidos en *Grandes casos del psicoanálisis*. El libro contiene una selección de ocho historias, presentándose en el orden cronológico en que fueron escritas. Constituyen un documento importante para la comprensión del desarrollo de las ideas psicoanalíticas y en particular para el conocimiento de la actitud terapéutica que los diversos autores mantuvieron en los casos por ellos relatados.

Es de lamentar que el libro contenga versiones abreviadas de los historiales; sin embargo, la síntesis ha sido elaborada tratando de no perder el sentido de conjunto. Casi la totalidad de la transcripción es textual; solamente en ocasiones se incluye una frase —cuya idea se encuentra en el contexto—, con fines de enlace y claridad entre un asunto y otro. Lo transcrito es, a nuestro juicio, lo fundamental del pensamiento de los autores de los diversos historiales.

Los casos presentados son los siguientes: Sigmund Freud: *Catalina y Comunicación de un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica*. Karl Abraham: *Observaciones sobre el psicoanálisis de un caso de fetichismo del pie y del corsé*. Sandor Ferenczi: *La interpretación y el tratamiento analítico de la impotencia psicosexual*. Melanie Klein: *La mujer que no podía llorar*. Theodor Reik: *El asesino desconocido*. Erik H. Erikson: *El soldado con dolor de cabeza*. Robert Lindner: *Vuelve, andariego rojo*. Es de notarse que los títulos de las historias han sido cambiados con el fin de atraer a lectores no profesionales, así, por ejemplo, el caso de *Catalina* aparece con el título de *La muchacha que no podía respirar*, pudiéndose apreciar tal alteración en la casi totalidad de los historiales.

Comentar las historias —puesto que cada una de ellas constituye una entidad separada—, alargaría esta nota más allá de lo posible. Por ello sólo recordaremos las características del pensamiento freudiano al redactar la historia de *Catalina* y algunos datos acerca de su primera publicación.

El caso de *Catalina* constituye uno de los historiales clínicos que Freud incluyó en el libro *Estudios sobre la Histeria*, editado en 1895. Dicha obra, escrita en colaboración con Breuer, es tomada generalmente como el punto de partida del movimiento psicoanalítico. Los *Estudios* constan de tres partes, de las cuales, la primera es una reimprección de la *Comunicación Preliminar* editada en 1893 por Breuer y Freud; la segunda contiene cinco historias clínicas, siendo la primera la del célebre caso de *Ana O*. Esta primera historia ha sido suprimida en las ediciones posteriores quedando únicamente los historiales de *Emmy de N.*, de *Miss Lucy R.*, de *Catalina* y de la *Señorita Isabel de R.*; estas

últimas historias son de Freud; el capítulo final: *Psicoterapia de la Histeria* es también original de Freud y cierra la obra. En su correspondencia, Freud habla de que gran parte de la obra estaba terminada a mediados de 1894, pero el importante capítulo final fue redactado apresuradamente hacia mayo de 1895, o sea un mes antes de su publicación.

En *Catalina*, Freud busca a través del método catártico el trauma inicial, para lograr con ello "la descarga por reacción" que determinaría la cura etiológica de acuerdo con sus ideas de ese entonces. Es este caso el primero donde no utiliza la hipnosis. Fue en el otoño de 1892 cuando comenzó a dejar a un lado la hipnosis que remplazó con la técnica de "concentración", para lo cual se ayudaba con el recurso de presionar la frente del paciente. Su objetivo era el de revivir los recuerdos inconscientes por la técnica de seguir atentamente lo que el paciente asociaba a sus síntomas. Descartó completamente la hipnosis después de 1896, año en que por vez primera utilizó el término de psicoanálisis.

J. ZAVALA FONTANELLI

Fromm, Erich, *The Heart of Man*. Harper and Row, publishers, Nueva York-Evanston - Londres, 1964.

En esta su obra más reciente, Fromm estudia problemas clínicos —del individuo y de la sociedad—, biológicos, sociológicos y filosóficos, relacionados con las diferentes formas de la violencia y de la destructividad; de la necrofilia, del narcisismo individual y social y de la fijación incestuosa; aclara las relaciones de sus puntos de vista teóricos con las teorías de Freud, demostrando la estrechez de la teoría freudiana de la li-

bido, a la que sustituye con el marco de referencia filosófica más amplio del humanismo dinámico y dialéctico que inspira toda su obra; y, finalmente, expone sus reflexiones filosóficas sobre la maldad y la bondad de la naturaleza humana y sobre la libertad, el determinismo y el alternativismo.

En el corto espacio de una nota bibliográfica no es posible presentar todos los aspectos de una obra compacta, plena de observaciones clínicas sobre el individuo y la sociedad, su patología, etcétera, de cuya extensión da idea la enumeración de temas que se acaba de hacer. Quizá pueda tenerse una idea general con la exposición siguiente:

El método empleado consiste, en general, en exponer los hechos clínicos y las consideraciones teóricas por medio de parejas o bipolaridades. Así, en las formas de violencia y destructividad considera aquellas que, directa o indirectamente, están al servicio de la vida y las que están al servicio de la muerte, o sea *contra* la vida. Entre estas últimas, que forman el núcleo de las enfermedades mentales severas y de las que se puede decir que son la esencia de la verdadera maldad, señala tres clases de orientaciones negativas, con sus opuestos positivos: a la necrofilia opone la biofilia; al narcisismo, el amor al prójimo, a la naturaleza; y a la fijación incestuosa, la independencia y la libertad. Al considerar cada uno de esos tres fenómenos: necrofilia, narcisismo y fijación incestuosa, parte de los hechos descubiertos por Freud y las explicaciones teóricas de éste, para ofrecer ampliaciones por demás sugestivas, explicaciones teóricas distintas, considerando también los aspectos bio-sociales e insistiendo en que, clínicamente, no hay orientaciones puras, sino que se trata de mezclas de rasgos del carácter, en las cuales predominan unos u otros, no sólo según

las condiciones genéticas o constitucionales individuales, sino también las familiares y socio-culturales, mostrando las formas clínicas benignas o malignas. Veamos, como ejemplo y de manera resumida, cómo aplica Fromm los conceptos y métodos que acabo de señalar a una de esas orientaciones, la necrofilia: Literalmente, necrofilia significa amor a la muerte y a lo muerto (mientras biofilia significa amor a la vida y a lo vivo); pero se ha restringido el término a la perversión sexual consistente en el deseo de poseer el cuerpo muerto de una mujer y practicar en éste el acto sexual, o en el deseo mórbido de estar en presencia de un cadáver. A pesar de que los conceptos del carácter sádico-anal y del instinto de muerte, de Freud, están ligados a la necrofilia, ésta, como orientación general, nunca ha sido descrita en la literatura psicoanalítica. Para nuestro autor, la persona necrofílica se siente atraída y fascinada por todo lo que no está vivo, por todo lo que está muerto: cadáveres, heces, suciedad; habla de enfermedades, entierros o servicios funerarios, de la muerte; vive en el pasado, nunca en el futuro; nutre o alimenta su memoria con los sentimientos que vivió o que cree que tuvo. Es fría, distante, devota de la "ley y el orden"; sus valores son precisamente el reverso de los valores que conectamos con la vida normal: no le excita ni le satisface la vida, sino la muerte y lo muerto. Su actitud hacia la fuerza es característica. Así como la sexualidad puede crear vida, la fuerza puede destruirla. Toda fuerza está, en último análisis, basada sobre el poder de matar. Se puede no matar a una persona, sino solamente privarla de su libertad; humillarla o quitarle sus posesiones, pero detrás de todas estas acciones está la capacidad para matar y la disposición a matar; la mayor hazaña

no es dar la vida, sino destruirla; el uso de la fuerza para la persona con esta orientación no es algo transitorio e impuesto por las circunstancias, sino un modo de vivir. Para el biofilico o biófilo, que ama la vida, la polaridad fundamental en el hombre es la polaridad de macho y hembra; pero para el necrofílico hay una polaridad muy diferente: la de los que tienen poder y los que carecen de poder; para él hay dos "sexos": los poderosos y los no poderosos.

La vida se caracteriza por el crecimiento de una manera estructurada y funcional, pero el necrofílico ama lo que no crece, todo lo que es mecánico; es impulsado por el deseo de transformar lo orgánico en inorgánico, de acerse a la vida mecánicamente, como si todas las personas vivas fueran cosas. Tener recuerdos más que experiencias, *tener* y no *ser*, es lo que cuenta. Relacionarse con una persona o con una flor es tenerla y, por lo mismo, una amenaza contra su posesión es una amenaza contra su persona; prefiere perder la vida a perder la posesión. Ama el control y en el acto de controlar mata la vida, lo vivo. Tiene miedo profundo de la vida porque ésta es desordenada e incontrolable por naturaleza; para él la justicia significa una división correcta y está dispuesto a morir por lo que él llama justicia. "Ley y orden" son para él ídolos y todo lo que amenace a la ley y al orden es un ataque satánico contra sus valores supremos.

En la mitología se ve que el necrofílico es atraído por la oscuridad y la noche.

Los sueños frecuentes o repetitivos del necrofílico tratan de asesinatos, sangre, cadáveres, calaveras, heces; a veces con hombres transformados en máquinas o que actúan como máquinas. La apariencia física del muy necrofílico:

